

Capítulo I

Era una tranquila mañana de verano. El sol ya se había elevado bastante en el limpio cielo, pero en los campos todavía brillaba el rocío. Del valle, hasta hace poco dormido, soplaba una olorosa frescura, y en el bosque, todavía húmedo y silencioso, trinaban alegremente los pájaros madrugadores. En la cima de una ladera, cubierta de arriba abajo por el centeno en flor, se vislumbraba un pueblo pequeño. Hacia ese pueblo, por un estrecho camino vecinal, se encaminaba una mujer joven, con un vestido blanco de organdí, un sombrero de paja redondo y una sombrilla en la mano. Un pequeño criado cosaco la seguía de lejos. La joven andaba sin prisa, como si se deleitara con el paseo. A su alrededor, por el alto y cambiante centeno difuminándose en un rizo, ora verde plateado, ora rojizo, con suave rumor, volaban largas olas. En lo alto, resonaban las alondras. La mujer venía de su hacienda, que quedaba a poco más de una versta del pueblo adonde se dirigía. Se llamaba Alexandra Pávlovna Lípina. Era viuda, sin hijos y bastante rica; vivía con su hermano, el capitán de Caballería,

Capítulo i

1RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 13

retirado, Serguei Pávlich Volíntsev. Éste no estaba casado y administraba los bienes de su hermana.

Alexandra Pávlovna llegó al pueblo, se detuvo ante una isba muy vieja y de techo bajo, y llamando a su criado, le mandó que entrara en ella y preguntara por la salud de la dueña de la casa. Volvió pronto en compañía de un decrepito campesino de barba blanca.

–Bueno, ¿cómo está? –preguntó Alexandra Pávlovna.

–Aún vive... –farfulló el viejo.

–¿Se puede pasar?

–¡Cómo no! Claro que se puede.

Alexandra Pávlovna entró en la isba. Dentro se estaba muy estrecho, en un ambiente sofocante y ahumado. Alguien se revolvió y gemía en un camastro. Alexandra Pávlovna echó un vistazo y en la penumbra vislumbró la cabeza amarillenta y arrugada de la anciana, envuelta en un pañuelo a cuadros. Cubierta hasta el pecho por un tabardo, respiraba con dificultad separando débilmente sus manos enjutas.

Alexandra Pávlovna se acercó a la anciana y le rozó con sus dedos la frente... Le ardía.

–¿Cómo te sientes, Matriona? –preguntó, inclinándose sobre el camastro.

–¡Ay! –gimió la anciana mirando fijamente a Alexandra Pávlovna–. ¡Mal, muy mal, querida! ¡Me llegó la hora, paloma mía!

–Dios es misericordioso, Matriona. Puede que mejores.

¿Tomaste la medicina que te envié?

La anciana gimió melancólicamente y no contestó... No

había oído la pregunta.

1 4 RUDIN

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 14

–La tomó –replicó el viejo, que se había quedado junto a la puerta.

Alexandra Pávlovna se volvió hacia él.

–¿Y no tiene a nadie más que a ti? –preguntó.

–Sí, una moza, su nieta; pero da lo mismo, no se queda con ella: es muy egoísta. Hasta le da pereza darle de beber a su abuela. Y yo ya soy viejo: ¿qué puedo hacer?

–¿Y si la lleváramos a mi finca, al hospital?

–¡No! ¿Para qué llevarla al hospital? De todos modos se va a morir. Ya ha vivido bastante; por lo visto, es la voluntad de Dios. No se levanta de la cama. ¿Cómo llevarla al hospital? Si la levantaran, se moriría.

–¡Ah! –suspiró la enferma–. Señora, no abandones a mi huerfanita; nuestros amos están lejos, pero tú...

La anciana calló. Hablaba con gran esfuerzo.

–No te preocupes –dijo Alexandra Pávlovna–. Todo se arreglará. Te he traído té y azúcar. Cuando te apetezca, lo tomas... ¿Tenéis samovar? –añadió, mirando al viejo.

–¿Samovar? No, no tenemos, pero pueden dejarnos uno.

–Bien, que os lo dejen, y si no os traeré el mío. Manda a su nieta que no se aleje de aquí. Dile que debería darle vergüenza. El viejo no respondió nada, pero tomó el paquete de té y azúcar con las dos manos.

–Bueno, ¡adiós, Matriona! –dijo Alexandra Pávlovna–, volveré a verte, no te desanimes y toma la medicina como es debido.

La anciana levantó un poco la cabeza y la alargó hacia Alexandra Pávlovna.

CAPÍTULO 1 5

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 15

–Dame la mano, señora –balbuceó.

Alexandra Pávlovna no le dio la mano, se inclinó y la besó en la frente.

–Mira –dijo, al salir, al viejo–, hay que darle sin falta la medicina, como está indicado. Y que beba té.

El viejo de nuevo no respondió nada y sólo se inclinó.

Alexandra Pávlovna respiró con libertad al sentir el aire fresco. Abrió la sombrilla y se disponía a volver a su casa, cuando de pronto, de una esquina de la isba, surgió, en un coche de carreras, un hombre de unos treinta años, con un viejo abrigo de forro gris y una gorra a juego. Al ver a Alexandra Pávlovna detuvo al instante el caballo y giró hacia ella su rostro. Ancho, pálido, con unos ojillos grisáceos y un bigote canoso, casaba bien con el color de su ropa.

–Buenos días –exclamó con una media sonrisa perezosa–.

¿Qué hace usted por aquí, si se puede saber?

–Vine a visitar a una enferma... Y usted, ¿de dónde viene, Mijailo Mijailich?

El hombre que se llamaba Mijailo Mijailich la miró a los

ojos y de nuevo sonrió.

–Hace bien –continuó– visitando a una enferma; sólo que quizá haría mejor llevándola al hospital.

–Está demasiado débil: no se la puede mover. –Y su hospital, ¿no tiene usted intención de cerrarlo?

–¿Cerrarlo? ¿Por qué?

–¡Digo yo!

–¡Qué idea tan extraña! ¿De dónde la ha sacado?

–Sí, porque usted conoce a Lasunskaya y, al parecer, está bajo su influjo. Y según dice ella, los hospitales, las escuelas,

1 6 RUDIN

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 16

son bobadas, invenciones inútiles. La caridad debe ser algo personal, lo mismo que la instrucción: son cosas del alma...; así, al parecer, se expresa ella. Me gustaría saber qué es lo que la hace hablar así.

Alexandra Pávlovna se echó a reír.

–Daria Mijailovna es una mujer inteligente, la quiero y la respeto mucho, pero también puede equivocarse y yo no doy fe a todas sus palabras.

–Y hace usted muy bien –asintió Mijailo Mijailich sin descender de su coche–, porque ni ella misma se cree sus propias palabras. Estoy muy contento de haberla encontrado.

–Y eso ¿por qué?

–¡Vaya pregunta! ¡Como si no fuera siempre agradable encontrársela! Hoy está usted tan fresca y hermosa como la mañana.

Alexandra Pávlovna se echó a reír de nuevo.

–¿De qué se ríe?

–¿Cómo que de qué? ¡Si pudiera usted ver con qué expresión tan fría e indiferente pronunció su cumplido! Me sorprende que no haya bostezado en la última palabra.

–Con una expresión fría... Usted siempre quiere fuego, pero el fuego no vale para nada. Se enciende, hace humo y se apaga.

–Sí... Y caliente –dijo al vuelo Alexandra Pávlovna.

–Sí... Y quema.

–Pues bien, que queme. No hay nada malo en ello. Vale más eso que...

–Sí..., quisiera ver lo que usted diría si una vez siquiera

CAPÍTULO 1 7

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 17

llegara a quemarse de verdad –la cortó enojado Mijailo Mijailich y tiró de las riendas al caballo–. ¡Bueno, adiós!

–¡Mijailo Mijailich, pare! –gritó Alexandra Pávlovna–.

¿Cuándo irá usted por casa?

–Mañana. Salude a su hermano de mi parte.

Y el carruaje partió.

Alexandra Pávlovna siguió con la mirada a Mijailo Mijailich.

«¡Qué saco!», pensó. Encorvado, lleno de polvo, con la gorra en la nuca, bajo la cual desordenadamente sobresalían mechones de pelo pajizo, parecía, efectivamente, un

gran saco de harina.

Alexandra Pávlovna retrocedió despacio por el camino hacia su casa. Iba con los ojos bajos. El trote cercano de un caballo la obligó a detenerse y alzar la cabeza... A su encuentro venía a caballo su hermano; con él iba un joven no muy alto, con una levita ligera desabrochada, corbata estrecha, un ligero sombrero gris y un junquillo en la mano. Hacía rato que sonreía a Alexandra Pávlovna, aunque vio que iba ensimismada, sin darse cuenta de nada. Cuando ella se detuvo, se le acercó y con alegría, casi con ternura, le dijo:

–¡Buenos días, Alexandra Pávlovna, buenos días!

–¡Ah!... ¡Constantín Diomidich, buenos días! –respondió ella–. ¿Viene usted de casa de Daria Mijailovna?

–De allí mismo, de allí mismo –recalcó el joven con cara radiante–, de casa de Daria Mijailovna. Daria Mijailovna me envió a su casa. Preferí venir a pie... ¡Hace una mañana tan espléndida! Y total son sólo cuatro verstas de distancia.

18 RUDIN

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 18

Cuando llegué no estaba usted en casa. Su hermano me dijo que había ido a Semenovka y que se reunirían en el campo; así que me vine con él, a su encuentro. ¡Sí, qué encuentro tan agradable!

El joven hablaba un ruso puro y correcto, pero con acento extranjero, aunque era difícil precisar cuál. Los rasgos de su rostro tenían algo de asiático. Larga nariz encorvada, inmensos ojos fijos y saltones, prietos labios rojos, frente inclinada, cabellos negros como el azabache: todo en él indicaba un origen oriental. Sin embargo, su apellido era Pandalevski y decía ser natural de Odessa, aunque se había criado en algún lugar de Bielorrusia, a expensas de una rica y bienhechora viuda. Otra viuda le colocó a su servicio.

En general, las damas de mediana edad protegían de buen grado a Constantín Diomidich, el cual sabía buscar y merecer su protección. Ahora vivía en casa de una rica propietaria llamada Daria Mijailovna Lasunskaya, en calidad de hijo adoptivo o de invitado. Era muy afable, servicial, sensible y en secreto voluptuoso, tenía una voz agradable, tocaba bien el piano y tenía la costumbre, cuando hablaba con alguien, de mirarle fijamente a los ojos. Vestía con mucha pulcritud y llevaba la misma ropa muchísimo tiempo, se afeitaba escrupulosamente el ancho mentón y se peinaba pelo por pelo.

Alexandra Pávlovna escuchó su discurso hasta el final y luego se dirigió a su hermano:

–Hoy me encuentro a todo el mundo; acabo de hablar con Lezhnev.

–¡Ah, con él! ¿Iba a alguna parte?

CAPÍTULO 19

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 19

–Sí, imagínate, en un carruaje de carreras, con un saco

de tela, lleno de polvo... ¡Qué estrafalario!

–Sí, puede ser; sólo que es una excelente persona.

–¿Quién? ¿El señor Lezhnev? –preguntó Pandalevski, como si se asombrase.

–Sí, Mijailo Mijailich Lezhnev –replicó Volíntsev–. Pero, adiós, hermana, ya es hora de que vaya al campo; en tus tierras están sembrando trigo sarraceno. El señor Pandalevski te acompañará a casa...

Y Volíntsev puso su caballo al trote.

–¡Con sumo gusto! –exclamó Constantín Diomidich, y ofreció a Alexandra Pávlovna su brazo.

Alexandra le dio el suyo y ambos emprendieron el camino a la hacienda de ella.

Llevar del brazo a Alexandra Pávlovna causaba, por lo visto, un gran placer a Constantín Diomidich. Andaba con pasos cortos, sonriente, y sus ojos orientales incluso se entrecerraban humedecidos, lo que, por lo demás, le sucedía a menudo: a Constantín Diomidich no le costaba ningún trabajo emocionarse y derramar algunas lágrimas. Y ¿quién no se sentiría dichoso llevando del brazo a una mujer joven y esbelta? De Alexandra Pávlovna toda la gente de la provincia de... decía unánimemente que era encantadora, y la gente de la provincia de... no se equivocaba. Sólo su nariz recta, un tanto respingoncilla, habría bastado para volver loco a cualquier mortal, y eso por no hablar de sus ojos castaños y aterciopelados, de sus cabellos castaños, claros y

20 RUDIN

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 20

dorados, de los hoyuelos de sus redondas mejillas y de otros encantos. Pero lo mejor de todo, en ella, era la expresión de su gracioso rostro: confiada, bondadosa y dulce; también ella conmovía y cautivaba. Alexandra Pávlovna miraba y reía como un bebé; las señoras la encontraban sencilla...

¿Acaso se podría desear algo más?

–¿Dice usted que Daria Mijailovna le envió a mi casa?

–preguntó a Pandalevski.

–Sí..., me envió –respondió él, pronunciando la «s» como la «th» inglesa–. Ellas desean fervientemente y me mandaron que le pregunte con todo respeto si quería usted ir a comer hoy a su casa... Ellas –Pandalevski, cuando hablaba en tercera persona, sobre todo tratándose de damas, usaba rigurosamente el plural–, ellas aguardan a un nuevo huésped y desean fervientemente que usted le conozca.

–¿Quién es?

–Un tal Muffel, barón y gentilhombre de cámara, de San Petersburgo. Daria Mijailovna lo conoció recientemente en casa del príncipe Garín y dicen de él, con grandes elogios, que es un joven amable y educado. El señor barón se dedica también a la literatura o, mejor dicho... ¡ah!, ¡qué mariposa tan linda! Permítame que llame su atención... o mejor dicho, a la economía política. Escribió un artículo sobre no

sé qué interesante cuestión y desea someterlo al juicio de Daria Mijailovna.

–¿Un artículo de economía política?

–Desde el punto de vista de la lengua, Alexandra Pávlovna, desde el punto de vista de la lengua. Como usted sabe, creo, Daria Mijailovna entiende de eso. Zhukovski le pedía

CAPÍTULO 12 1

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 21

consejo, así como mi benefactor, que vive en Odessa, el venerable padre Roksolan Mediarovich Ksandrik... Seguro que usted conoce este nombre, ¿verdad?

–Pues no, en mi vida lo he oído.

–¿No ha oído hablar de ese hombre? ¡Es asombroso! Yo quería decirle que Roksolan Mediarovich siempre tuvo en muy alta opinión los conocimientos de lengua rusa de Daria Pávlovna.

–¿Y no es pedante ese barón? –preguntó Alexandra Mijailovna.

–De ningún modo. Daria Mijailovna cuenta que, por el contrario, con sólo verle ya se da uno cuenta de que es un hombre de mundo. Habló de Beethoven con tanta elocuencia que hasta el viejo príncipe se entusiasmó... Eso, lo reconozco, no lo he oído decir; lo digo por mi propia cuenta. Permítame que le ofrezca esta linda flor campestre.

Alexandra Pávlovna tomó la flor y, después de andar algunos pasos, la tiró al camino... Hasta su casa quedaban no más de doscientos pasos. Ésta, recién construida y blanqueada, aparecía acogedora, con sus ventanas anchas y claras, desde el espeso verdor de los viejos tilos y arces.

–Entonces, ¿me da permiso para que anuncie a Daria Mijailovna –dijo Pandalevski, algo ofendido por la suerte de la flor que le había ofrecido– que asistirá al almuerzo? También invitó a su hermano.

–Sí, iremos, sin falta. ¿Y Natasha?

–Natalia Alexeevna está bien, gracias a Dios... Pero ya hemos pasado la finca de Daria Mijailovna. Permítame que me despida.

22 RUDIN

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 22

Alexandra Pávlovna se detuvo.

–¿Acaso no va a entrar en casa un momento? –preguntó Alexandra con voz indecisa.

–Me gustaría mucho, pero temo llegar tarde. Daria Mijailovna desea escuchar el nuevo estudio de Thalberg,* así que es preciso que me disponga a practicar. Además, lo confieso, dudo de que mi conversación pueda proporcionarle a usted placer alguno.

–Claro que sí, ¿por qué no?

Pandalevski suspiró y bajó los ojos de una manera expresiva.

–¡Hasta luego, Alexandra Pávlovna! –dijo, tras un breve silencio; se inclinó y dio un pasó atrás.

Alexandra Pávlovna se volvió y se dirigió a su casa.

Constantín Diomidich se encaminó también a la suya. De repente, se borró de su rostro toda la dulzura, apareciendo en él una expresión confiada, casi ruda. Incluso cambió su andar. Ahora daba pasos más grandes y caminaba más pesado. Anduvo dos verstas, agitando con desenvoltura su bastón, y de pronto sonrió de nuevo al ver junto al camino a una joven campesina bastante bonita, que apacentaba a unos terneros en un sembrado de avena. Constantín Diomidich se acercó con cautela a la muchacha, como un gato, y se puso a hablarle. Ella primero enmudeció, se ruborizó, sonrió y, por último, se tapó los labios con la manga, se volvió y dijo:

—Apártese, señor, siga su camino...

CAPÍTULO 23

* Sigismund Thalberg (1821-1871), pianista y compositor austríaco. [*Esta nota, como todas las siguientes, son del traductor.*]

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 23

Constantín Diomidich la amenazó con el dedo y le mandó que le trajese unas campanillas azules.

—¿Para qué quiere las campanillas? ¿Para hacer un ramo? —preguntó la muchacha—, pero, apártese, señor, siga su camino...

—Escucha, guapa —empezó Constantín Diomidich.

—Pero, apártese —le interrumpió la joven—, que vienen los amos.

Constantín Diomidich miró a su alrededor. Efectivamente, por el camino venían corriendo Vania y Petia, los hijos de Daria Mijailovna; tras ellos iba su preceptor, Basístov, un joven de veintidós años que acababa de terminar sus estudios. Basístov era de poco talle, cara ingenua, nariz grande, labios gruesos y ojos pequeños y hundidos, como los de los cerdos, feo y desgarbado, pero bueno, honrado y recto. Vestía con desaliño, llevaba el pelo largo, no por coquetería, sino por pereza. Le gustaba comer y dormir, pero también un buen libro, una conversación animada y odiaba con toda su alma a Pandalevski.

Los hijos de Daria Mijailovna adoraban a Basístov y ya no le temían. Con los demás de la casa, se llevaba muy bien; lo que no agradaba a la señora, por mucho que pretendiera no tener prejuicios.

—¡Buenos días, queridos! —dijo Constantín Diomidich—.

¡Qué temprano habéis salido a pasear hoy! Yo —añadió, dirigiéndose a Basístov— hace mucho que salí; es mi pasión gozar de la naturaleza.

—Sí, ya hemos visto cómo goza usted de la naturaleza

—murmuró Basístov.

24 RUDIN

RUDIN minus_EL PROFESOR minus1 15/04/14 09:41 Página 24

—Es usted un materialista. Dios sabe lo que estará pensando. Le conozco.

Pandalevski, cuando hablaba con Basístov o con gente similar, se irritaba fácilmente y pronunciaba la «s» con claridad,

hasta con un leve silbido.

—¿Y qué hacía usted con esa moza? ¿Le preguntaba el camino? —inquirió Basístov, moviendo los ojos a derecha e izquierda.

Sintió que Pandalevski le miraba fijamente a la cara y eso le desagradaba enormemente.

—Le repito que es usted un materialista y nada más. Sólo quiere ver el lado prosaico de todas las cosas...

—¡Niños! —ordenó de pronto Basístov—, ¿veis ese sauce en el prado? ¡A ver quién llega antes! ¡Un! ¡Dos! ¡Tres!

Y los niños echaron a correr con todas sus fuerzas hacia el sauce. Basístov salió tras ellos.

«¡Qué patán! —pensó Pandalevski—. Va a echar a perder a los niños... ¡Es un auténtico patán!»

Y, tras fijar la mirada con satisfacción en su propia figurilla, tan aseada y pulcra, Constantín Diomidich golpeó dos veces con sus dedos abiertos la manga de su chaqueta, se enderezó el cuello y prosiguió su camino. Al llegar a su habitación se puso una bata vieja y con cara preocupada se sentó al piano.